

Mucho desagradó esto á los demás aliados cuando lo supieron, sobre todo al ver que tenían que devolver á los venecianos todas las poblaciones conquistadas, dejarles Rovigo y el Polesino, y permitirles conservar en Ferrara los antiguos privilegios. Todos opinaban haber hecho una guerra en la cual se gastó y conquistó bastante, peleando con honra, para terminarla con ignominia, puesto que las ciudades tomadas se devolvían y las pérdidas no se recuperaban. Pero viéronse los aliados en la precisión de aceptar la paz, porque no podían hacer más gastos, ni querían exponerse á ser víctimas de la mala fe ó ambición ajena.

XXVII. Mientras en Lombardía ocurrían estos sucesos, el Papa, secundado por maese Lorenzo, estrechaba cada día más á Cittá del Castello, para echar de allí á Nicolás Vitelli, abandonado por los aliados á fin de atraerse al Pontífice á su causa. Los de dentro de la ciudad, que eran partidarios de Vitelli, hicieron una salida y derrotaron á los enemigos. A causa de esto, llamó el Papa al conde Jerónimo, que estaba en Lombardía, para reorganizar su ejército y volver á sitiar á Cittá del Castello; pero, juzgando después que seria mejor ganarse á Vitelli con la paz que atacarle de nuevo, púsose de acuerdo con él, reconciliándole lo mejor que pudo con su adversario maese Lorenzo. Más le obligó á esto el temor á nuevos desórdenes que el amor á la paz, porque veía nacer entre los Colonna y los Orsini perniciosas rivalidades. El rey de Nápoles había quitado á los Orsini en la guerra con el Papa el castillo de Tagliacozzo, dándolo á los Colonna, que seguían su partido. Hecha después la paz entre el Papa y el Rey, los Orsini, en virtud de los artículos de la misma, lo reclamaron. El Papa or-

denó muchas veces á los Colonna que lo restituyeran; pero éstos, ni por los ruegos de los Orsini, ni por las amenazas del Papa, hicieron la restitución: en cambio, con nuevas presas y otras parecidas injurias, ofendieron á los Orsini.

No pudiendo sufrir el Papa estos abusos, envió todas sus tropas, con las de los Orsini, contra los Colonna, y las casas que éstos tenían en Roma fueron saqueadas, siendo muertos ó presos quienes querían defenderlas. También les privó el Papa de casi todos sus castillos; terminando estos desórdenes, no por la paz, sino por la ruina de un partido.

XXVIII. No reinaba tampoco entonces tranquilidad en Génova y Toscana, porque los florentinos tenían al conde Antonio de Marciano con tropas en la frontera de Serezana; y, mientras duró la guerra en Lombardía, molestaba á los de Serezana con correrías y escaramuzas.

En Génova el dux Battistino Fregoso fué preso con su mujer é hijos por el arzobispo Pablo Fregoso, que abusó de su confianza y se hizo Señor de la ciudad.

La armada veneciana atacó también el reino de Nápoles, ocupando á Gallipoli y devastando las inmediaciones de esta población.

Pero hecha la paz en Lombardía, cesaron todos los desórdenes, excepto los de Toscana y Roma, porque, á los cinco días de publicada la paz, murió el Papa, ó por llegar el término de su vida, ó porque le matara el disgusto por aquel convenio.

Dejó este Pontífice á Italia en paz, aunque, en vida, siempre la tuvo en guerra. A su muerte todos los romanos empuñaron las armas y el conde Jerónimo se retiró con sus tropas junto al castillo de Sant' Angelo. Temían

los Orsini que los Colonna quisieran vengar las recientes ofensas: los Colonna pedían que les devolvieran sus casas y castillos, y de aquí nacieron, á los pocos días, muertes, robos é incendios en muchos sitios de la ciudad. Pero los cardenales persuadieron al conde Jerónimo para que les entregara el castillo de Sant'Angelo, se fuera á sus Estados y librara á Roma de su ejército; y el Conde, deseando conquistarse la benevolencia del nuevo Pontífice, obedeció, entregando el castillo, y yéndose á Imola.

Libres los cardenales del miedo que tenían al Conde, y privados los barones del auxilio que de él esperaban en sus querellas, se procedió á la elección de nuevo Pontífice y, después de algún debate, fué elegido Juan Bautista Cibo, cardenal de Molfetta, genovés, que tomó el nombre de Inocencio VIII. Era de carácter dulce, afable y pacífico, é hizo deponer las armas, restableciendo la paz en Roma.

XXIX. Después de la paz de Lombardía, los florentinos no podían estar en reposo, pareciéndoles cosa indigna y vergonzosa que un noble sin autoridad les hubiera despojado de la plaza de Serezana. Y como en el tratado de paz se estipulaba que no sólo se pudiera reclamar lo perdido, sino hacer la guerra á quien impidiese reconquistarlo, se provieron en seguida de dinero y tropas para recuperar á Serezana.

No pareciendo á Agustín Fregoso, que era quien había ocupado á Serezana, que podría defenderse con sólo sus fuerzas, dió la plaza al banco de San Jorge.

Como he de hablar diferentes veces del banco de San Jorge y de los genoveses, creo á propósito referir las instituciones, leyes y usos de Génova, que es una de las principales ciudades de Italia.

Desde que los genoveses hicieron la paz con los venecianos, para terminar la importantísima guerra que muchos años antes tuvieron, no pudiendo satisfacer el gobierno á los ciudadanos la gran suma de dinero que le habían prestado, concedióles la renta de la aduana, determinando que cada cual fuera cobrando en proporción á sus créditos, hasta que todas estas deudas quedaran extinguidas. Para las reuniones de los acreedores se les dió el palacio que hay junto á la aduana.

Estos acreedores organizaron una especie de gobierno, formando un consejo de cien de ellos que deliberase sobre los asuntos de interés general, y otro de ocho miembros, que eran los directores de la corporación, y dividían entre todos lo recaudado, formando partes ó cupones que llamaban *lugares* (*luoghi*). La corporación la titularon de San Jorge. Esta fué su organización y forma de regirse.

Pero tuvieron necesidad las autoridades de la ciudad de acudir á la corporación de San Jorge en demanda de nuevos auxilios y, siendo ésta rica y bien administrada, pudo prestarlos.

El Estado, que le había dado ya la renta de aduanas, le dió después sus terrenos, en fianza del dinero que recibía. Las necesidades de la República y los servicios de esta corporación han llegado á punto que San Jorge tiene en su administración la mayoría de las tierras y ciudades sometidas á la República genovesa, las cuales gobierna y defiende, y cada año les envía los Rectores elegidos por público sufragio, sin que el Estado intervenga para nada.

De aquí ha nacido que los ciudadanos consideren tiránica la administración pública, prefiriendo la de San

Jorge por su equitativo y honrado proceder, que siempre es igual, en medio de los fáciles y numerosos cambios que ha sufrido esta República, sometida á veces á uno de sus ciudadanos, y á veces á un príncipe extranjero.

Así, pues, cuando los Fregosos y los Adornos combaten por la soberanía, la mayoría de los ciudadanos no toma parte en la lucha, dejando que el gobierno sea presa del vencedor. San Jorge sólo interviene cuando éste ha tomado posesión de la autoridad, para hacerle jurar la observancia de sus leyes, que hasta ahora han sido invariables, porque, teniendo la corporación armas, dinero y gobierno, no se puede tocar á ella sin riesgo de peligrosa rebelión. Ejemplo verdaderamente raro, no encontrado por los filósofos en tantas repúblicas como han visto ó imaginado, es el de que figure dentro del mismo Estado, entre los mismos ciudadanos, la libertad y la tiranía, la pureza y la corrupción de las costumbres, la justicia y la licencia; porque este establecimiento es el único que conserva en Génova las antiguas y venerables costumbres. Y si ocurriera, lo que con el tiempo sucederá sin duda, que San Jorge sea dueño de todo el Estado, será Génova más memorable que Venecia.

XXX. Cedió, pues, Agustín Fregoso Serezana á San Jorge, que la recibió de buen grado, y tomó á su cargo defenderla, alistando apresuradamente una armada y enviando tropas á Pietrasanta para impedir la comunicación con el campamento de los florentinos, que estaba ya cerca de Serezana.

Los florentinos, por su parte, deseaban apoderarse de Pietrasanta, porque, sin tener dicha plaza, situada entre Pisa y Serezana, la ocupación de esta última no era de gran utilidad; pero no tenían pretexto para atacarla, á

menos que sus vecinos ú otros que estuvieran dentro de ella se opusieran á su empresa contra Serezana. A fin de comprometerles á ello, enviaron desde Pisa al campamento gran cantidad de viveres y municiones con pequeña escolta, para que los de Pietrasanta, por la debilidad de ésta, no la temieran, y por la importancia de la presa excitara su codicia de apoderarse de ella.

Sucedió lo que habían proyectado, porque los de Pietrasanta, viendo ante sus ojos tan gran presa, la arrebataron; lo cual dió á los florentinos justo motivo de agresión y, prescindiendo por lo pronto de Serezana, acamparon junto á Pietrasanta, cuya guarnición era numerosa y la defendía valerosamente.

Colocaron los florentinos en el llano su artillería, é hicieron un reducto en la montaña para batir también la plaza por aquella parte. Era Comisario en el ejército Jacobo Guicciardini.

Mientras se combatía en Pietrasanta, la armada genovesa tomó y quemó el castillo de Vada y, saltando á tierra la gente que conducía, corría y devastaba las inmediaciones. Al encuentro de estas tropas fué enviado con infantería y caballería Bongianni Gianfigliuzzi que, en parte, contuvo su audacia, no pudiendo hacer las correrías con tanta impunidad.

La armada, para seguir molestando á los florentinos, fué á Liorna, y con pontones y otros artefactos, se aproximó á la torre nueva, batiéndola varios días con sus cañones; pero, viendo que no conseguía ningún resultado, se retiró vergonzosamente.

XXXI. Entretanto en Pietrasanta se combatía débilmente, por lo cual, animados los enemigos, asaltaron y tomaron el reducto de la montaña. Esto les dió mucha

fama y tanto miedo á los florentinos, que estuvieron á punto de dispersarse sin que les atacaran. Apartáronse cuatro millas de la plaza, y los jefes opinaron que, estando ya en Octubre, debían tomar cuarteles de invierno, dejando para la primavera la expugnación de Pietrasanta.

Al saberse en Florencia este fracaso, produjo la mayor indignación á los principales miembros del gobierno. Para reorganizar inmediatamente el ejército y restablecer su reputación y su fuerza, eligieron por nuevos Comisarios á Antonio Pucci y á Bernardo del Nero, que con gran suma de dinero, fueron al campamento mostrando á los jefes la indignación de la Señoría, del gobierno y de toda la ciudad, si no regresaban con el ejército al ataque de Pietrasanta, y el descrédito que tendrían si tantos capitanes con tanto ejército, sin tener enfrente más que una pequeña guarnición, no podían tomar tan débil plaza. Hiciéronles ver también la utilidad presente y las ventajas futuras que por esta conquista debían esperar, de tal modo, que todos decidieron volver al ataque, empezando por reconquistar el reducto. Así se hizo, dándose á conocer entonces cuánto pueden en el ánimo de los soldados la bondad, afabilidad y cariñosas frases; porque Antonio Pucci, animando á unos, prometiendo á otros, á este estrechando la mano, abrazando á aquel, les hizo marchar al asalto con tanto ímpetu, que reconquistaron el reducto en un momento; pero no sin pérdidas, porque una bala de cañón mató á Antonio de Marciano. Tanto asustó este ataque á los de dentro, que empezaron á tratar de rendirse.

Para dar más importancia á la victoria, juzgó oportuno

Lorenzo de Médicis ir al campamento y, á los pocos días de llegar, fué tomada la plaza.

Se estaba ya en el invierno, y pareció á los jefes que no debían seguir adelante su empresa, sino esperar la primavera, máxime que aquel otoño, por el mal aire que reinaba, tenía lleno de enfermos el ejército, y muchos jefes lo estaban de gravedad, entre ellos Antonio Pucci y Bongianni Gianfigliuzzi, que, no sólo enfermaron, sino murieron, con gran sentimiento de todos: tanto fué el afecto general que, sobre todo Pucci, adquirió por su conducta en Pietrasanta.

Cuando los florentinos conquistaron á Pietrasanta, enviaron los de Luca embajadores á Florencia á pedir esta plaza, como perteneciente á su república, alegando que, entre las obligaciones impuestas por el tratado de paz de Lombardia, era una la de restituir á sus primitivos Señores todas las plazas que unos ú otros ocuparan.

No negaron los florentinos la obligación; pero respondieron que no sabían si, en la paz que negociaban con los genoveses, tendrían que devolverla á éstos, por lo cual no podrían disponer de ella hasta entonces. Además, para el caso de tenerla que restituir á los de Luca, era preciso que éstos pensaran en satisfacerles los gastos hechos y los daños ocasionados por la muerte de tantos ciudadanos. Sólo cuando esto hicieran podían tener esperanzas de recobrarla.

Transcurrió todo aquel invierno en las negociaciones de paz entre genoveses y florentinos que, mediando en ellas el Papa, se practicaban en Roma; pero, no habiendo terminado al llegar la primavera, los florentinos hubiesen atacado á Serezana, de no impedirlo la enfermedad de Lorenzo de Médicis y la guerra que estalló entre el

Papa y el rey Fernando de Nápoles. Porque Lorenzo, no sólo padecía la enfermedad de la gota, heredada de su padre, sino que le atacaron gravísimos dolores de estómago, siéndole preciso tomar baños para curarse.

XXXII. Pero el motivo principal fué la guerra, que tuvo el siguiente origen:

La ciudad de Aquila, aunque sometida al reino de Nápoles, vivía como libre, y tenía en ella grande autoridad el conde de Montorio (1485). Encontrábase cerca del Tronto con sus hombres de armas el duque de Calabria, con pretexto de apaciguar algunos tumultos ocurridos entre los campesinos de aquellas comarcas y, proyectando someter por completo á Aquila á la obediencia del Rey, mandó llamar al conde de Montorio, como si quisiera valerse de él en algo de lo que estaba ejecutando. Obedeció el Conde sin recelo alguno y, al llegar donde estaba el Duque, fué preso y enviado á Nápoles.

Cuando en Aquila se supo esta prisión, se alarmó toda la ciudad y, acudiendo tumultuosamente á las armas, fué muerto Antonio Concinello, comisario del Rey, y algunos otros ciudadanos conocidos por ser partidarios del Monarca. Para tener quien en su rebelión les apoyara, enarbolaron la bandera de la Iglesia y enviaron embajadores al Papa, concediéndole la ciudad y rogándole que, como cosa suya, la defendiera de la tiranía real.

Tomó el Papa animosamente la defensa de Aquila porque, por motivos públicos y privados, odiaba al Rey, y estando Roberto de San Severino enemistado con el gobierno de Milán, y sin compromiso de servir á ningún otro, lo tomó el Papa á sueldo, haciéndole venir apresuradamente á Roma. Además, excitó á todos los amigos y parientes del conde de Montorio á que se rebelaran con-

tra el Rey, y así lo hicieron inmediatamente los príncipes de Altemura, de Salerno y de Bisignano.

Metido el Rey en esta guerra imprevista, acudió á los florentinos y al duque de Milán en demanda de ayuda. Dudaban los florentinos lo que debían hacer, porque parecían muy dañoso abandonar sus intereses por favorecer los ajenos, y muy peligroso empuñar de nuevo las armas contra la Santa Sede. Sin embargo, pospusieron su utilidad y los peligros á los deberes de la alianza; tomaron á sueldo á los Orsini y enviaron todas sus tropas, al mando del conde de Pitigliano, hacia Roma, en auxilio del Rey.

Organizó éste entonces dos ejércitos: el uno, mandado por el duque de Calabria, lo envió con dirección á Roma, y, unido al florentino, hizo frente al pontificio; el otro, á las órdenes del Rey, operó contra el de los barones sublevados. En ambos campos se hacía la guerra con varia fortuna, hasta que, adquiriendo el Rey superioridad en muchas partes, en Agosto de 1486, por mediación de los embajadores del rey de España, se ajustó la paz, que aceptó el Papa por haber sufrido reveses y no querer exponerse más á los caprichos de la fortuna.

Uniéronse, pues, entonces todos los potentados de Italia, dejando únicamente fuera de la unión á los genoveses, como rebeldes del Estado de Milán y usurpadores de propiedades de los florentinos.

Hecha la paz, Roberto de San Severino, que en la guerra había sido, como amigo, poco fiel, y como enemigo, poco peligroso, fué casi echado de Roma por el Papa. Perseguido por los florentinos y por las tropas del duque de Milán, cuando pasó Cesena, viéndose casi alcanzado, emprendió la fuga, y con menos de cien ca-

ballos llegó á Ravena. Los demás soldados, en parte, fueron recibidos por el duque de Milán, y en parte desvalijados por los campesinos.

Ajustada la paz y reconciliado el rey de Nápoles con los barones, mandó matar á Jacobo Coppola y á Antonello (Petrucci) de Aversa, con sus hijos, porque durante la guerra revelaron sus secretos al Pontífice.

XXXIII. Por el ejemplo que dieron en esta guerra, conoció el Papa la actividad y el celo de los florentinos en cumplir sus deberes de amistad, y á causa de ello empezó á cambiar en afecto la aversión que les tenía, primero por ser el Pontífice amigo de los genoveses, y después por el auxilio que dieron al rey de Nápoles, é hizo á sus embajadores más favores que de costumbre.

Lorenzo de Médicis conoció esta inclinación del Papa, y procuró hábilmente fomentarla, porque juzgaba que convendría mucho á su autoridad unir á la amistad del Rey la del Papa.

Tenía el Pontífice (1) un hijo, llamado Francisco, y deseaba procurarle Estados y aliados que le ayudaran á defenderlos después de su muerte. Nadie le pareció en Italia más á propósito para este objeto que Lorenzo de Médicis, y por ello obró de modo que éste diera á Francisco por esposa una de sus hijas. Contraído este parentesco, deseaba el Papa que los genoveses, por convenio, cedieran á los florentinos Serezana, mostrándoles que no podían conservar lo que Agustín Fregoso había vendido, ni éste pudo tampoco dar á la corporación de San Jorge lo que no era suyo. No sólo no pudo conseguir

(1) Fué casado antes de recibir órdenes sagradas y tuvo varios hijos.

nada, sino que los genoveses, mientras se practicaban estas negociaciones en Roma, armaron muchos de sus barcos y, sin que en Florencia se supiera cosa alguna, desembarcaron tres mil infantes y asaltaron el castillo de Serezanello, situado sobre Serezana, y en poder de los florentinos. Éstos reunieron inmediatamente sus tropas en Pisa, al mando de Virgilio Orsino, y se quejaron al Papa de que, mientras él negociaba la paz, los genoveses les habían declarado la guerra.

Enviaron después á Pedro Corsini á Luca para mantener la amistad de esta ciudad y á Pablo Antonio Soderini á Venecia para sondear las intenciones de aquella república; pidieron auxilio al rey de Nápoles y á Luis Sforza, y de ninguno de ambos lo obtuvieron, porque el Rey dijo estar receloso de la armada de los turcos, y Sforza, con diferentes pretextos, excusó mandarlo. Así sucede casi siempre á los florentinos, que se encuentran solos en la guerra, no hallando en nadie el ardimiento con que ellos procuran acudir en auxilio de los otros.

No por ser abandonados esta vez de los aliados se alarmaron, porque no era para ellos una novedad este abandono. Organizaron un ejército numeroso, á las órdenes de Jacobo Guicciardini y Pedro Vettori, y lo enviaron contra el enemigo, yendo á acampar junto al río de la Magra.

Entretanto los genoveses estrechaban el asedio de Serezanello, empleando contra él minas y los demás recursos que tenían en su poder, por lo cual los Comisarios determinaron socorrerlo. El enemigo no esquivó la batalla y, llegando á las manos, fueron derrotados los genoveses, quedando prisioneros Luis del Fiesco y otros muchos capitanes del ejército enemigo (1487).

No asustó á los de Serezana esta victoria, de tal modo que quisieran rendirse; al contrario, se prepararon obstinadamente á la defensa, y los Comisarios florentinos al ataque, combatiendo valerosamente por ambas partes.

Durando mucho este asedio, decidió Lorenzo de Médicis ir al campamento. Con su llegada, nuestros soldados cobraron ánimo, y los de Serezana lo perdieron al ver la obstinación de los florentinos en el ataque y la frialdad de los genoveses en socorrerles, por lo cual se rindieron á discreción de Lorenzo, volviendo al poder de los florentinos. Todos, menos los autores de la rebelión, fueron benignamente tratados.

Durante el asedio de Serezana, Luis Sforza envió su ejército á Pontremoli, para indicar que venía en nuestro favor; pero, estando en inteligencia con algunos genoveses, sublevóse el partido opuesto á los gobernantes y, con el auxilio de aquel ejército, se entregaron al duque de Milán.

XXXIV. Por entonces los tudescos declararon la guerra á los venecianos, y Boccolino de Osimo, en la Marca de Ancona, había hecho rebelar Osimo contra el Papa, convirtiéndose en Señor absoluto de esta ciudad. Después de muchos accidentes, á persuasión de Lorenzo de Médicis, devolvió Boccolino dicha ciudad al Pontífice y vino á Florencia, donde, bajo la garantía de Lorenzo, vivió muy considerado durante bastante tiempo. Después fué á Milán, donde no encontró igual respeto á la promesa de seguridad, porque le mataron por orden de Luis Sforza.

En su guerra contra los tudescos, fueron derrotados los venecianos junto á Trento y muerto su general Roberto de San Severino. Después de este desastre, los ve-

neccianos, conforme á su constante fortuna, ajustaron la paz con los tudescos, no como vencidos, sino como vencedores: ¡tan honrosa fué para su república! (1488).

Hubo entonces también importantísimos disturbios en la Romaña. Francisco de Orso, vecino de Forlì, era persona de grande autoridad en esta ciudad y llegó á ser sospechoso al conde Jerónimo, que repetidas veces le amenazó. Vivía Orso atemorizado, y sus parientes y amigos le aconsejaron que, puesto que temía ser muerto por el Conde, lo matara él primero, salvando de este modo su vida.

Tomada esta determinación, y decididos á realizarla, eligieron para su ejecución el día de mercado en Forlì, porque, viniendo, durante él, muchos amigos suyos de las inmediaciones pensaron valerse de ellos, sin necesidad de llamarles.

Era el mes de Mayo, y la mayoría de los italianos tienen la costumbre de cenar con luz del día. Creyeron los conjurados que el mejor momento para matar al Conde era el de la cena porque, mientras cenaba su familia, permanecía solo en su habitación. Acordado así, fué Orso á casa del Conde, dejó á sus compañeros en las primeras habitaciones, llegó á la en que el Conde estaba, y dijo á su ayuda de cámara que le anunciara quería hablarle. Fué Orso introducido y, encontrando al Conde solo, después de algunas frases sobre fingido asunto, le mató y, llamando á los cómplices, también mataron al ayuda de cámara.

Por acaso se presentó el comandante de la plaza en aquel momento para hablar con el Conde y, al llegar á la sala con pocos que le acompañaban, también le mataron los asesinos.

Hechos estos homicidios, promovieron gran alboroto, arrojaron por una ventana el cadáver del Conde y, gritando Iglesia y Libertad, armaron á todo el pueblo, que odiaba la avaricia y crueldad del Conde, saquearon la casa de éste y prendieron á la condesa Catalina y á sus hijos.

Quedaba sólo por tomar la fortaleza para que esta empresa tuviera completo éxito; pero no quería entregarla el gobernador y rogaron á la Condesa que le aconsejara rendirla. Prometió ella hacerlo si le permitían ir al castillo y, en prenda de su promesa, les dejó sus hijos. Creyeron los conjurados lo que les prometía y le permitieron entrar en la fortaleza; pero, tan pronto como estuvo dentro, les amenazó con la muerte y todo género de suplicios en venganza del asesinato de su marido. Le dijeron que matarían á sus hijos y respondió que estaba en edad de procrear otros.

Asustados los conjurados al ver que el Papa no les ayudaba y al saber que Luis Sforza, tío de la Condesa, mandaba tropas en auxilio de ésta, con todos los efectos y bienes que pudieron llevar consigo se refugiaron en Città del Castello. Cuando la Condesa recobró la posesión de sus Estados vengó la muerte de su esposo con todo género de crueldades.

Sabida la muerte del Conde, los florentinos aprovecharon la ocasión para recobrar el castillo de Pancaldoli, que les había quitado hacia tiempo y, mandando allí sus tropas, lo tomaron, pero murió en la empresa el famosísimo arquitecto Cecca.

XXXV. Á este desorden ocurrido en la Romaña sucedió otro no menos importante.

La esposa de Galeotto, señor de Faenza, era hija de

Juan Bentivoglio, Señor de Bolonia, y, por celos ó por malos tratos del marido, ó por su mala índole, odiaba á su esposo, hásta el punto que determinó quitarle los Estados y la vida.

Fingiéndose enfermedad, se metió en la cama y ordenó que cuando Galeotto fuera á visitarla, le asesinaran algunos de sus confidentes, escondidos en la habitación. Además dió cuenta del proyecto á su padre, que esperaba la muerte de su yerno para apoderarse del Señorío de Faenza.

Llegado el momento fijado para este homicidio, entró Galeotto en la habitación de su esposa, según su costumbre, y estaba hablando con ella cuando los asesinos salieron del escondite y, sin que él pudiera evitarlo, le mataron.

Fué grande el tumulto después de esta muerte, y la esposa con un hijo pequeño que tenía, llamado Astorre, se refugió en el castillo. El pueblo tomó las armas, y Juan Bentivoglio, con un tal Bergamino, capitán á sueldo del duque de Milán, con bastantes tropas preparadas de antemano, entró en Faenza, donde estaba aún de Comisario florentino Antonio Boscoli.

En medio del desorden todos aquellos jefes se reunieron para convenir el gobierno de la ciudad; pero los hombres de Val de Lamona, que al saber lo ocurrido acudieron precipitadamente, atacaron á Bentivoglio y Bergamino, matando á éste, prendiendo á aquél y proclamando la dominación de Astorre y de los florentinos, á cuyo Comisario entregaron la ciudad.

A todos desagradó en Florencia este suceso cuando lo supieron; sin embargo, hicieron poner en libertad á Juan Bentivoglio y á su hija, y tomaron á su culdado Astorre



y la ciudad de Faenza, por voluntad de todo el pueblo.

Á este desorden siguieron otros, después que terminaron las guerras grandes entre los Estados más poderosos. Durante muchos años hubo tumultos en la Romaña, en la Marea y en Siena, que, por su escasa importancia, juzgo superfluo referir. Verdad es que los de Siena, después que el duque de Calabria, en la guerra de 1488, partió de aquel punto, fueron más frecuentes, ocasionando rápidos cambios, en los cuales unas veces dominaba la plebe y otras los nobles. Quedaron éstos al fin dueños de la ciudad, y con más autoridad que los demás Pandolfo y Jacobo Petrucci, quienes, el uno por su prudencia y el otro por su valor, llegaron á ser Señores de ella.

XXXVI. Terminada la guerra de Serezana, vivieron los florentinos hasta el año de 1492, en que ocurrió la muerte de Lorenzo de Médicis, en grandísima prosperidad, porque Lorenzo, una vez asegurada la paz por su influencia y autoridad, dirigió sus esfuerzos á engrandecer su casa y su patria. Casó á su hijo primogénito, Pedro, con Alfonsina, hija del caballero Orsino, y después logró que á su segundo hijo, Juan, le concedieran la dignidad del cardenalato. Llegó éste á ser tan famoso como extraordinario fué su nombramiento de cardenal antes de cumplir catorce años (1). Este fué uno de los honores que más tarde elevaron la reputación de los Médicis hasta las nubes.

No le fué posible asegurar extraordinaria fortuna á su tercer hijo, Julián, por lo joven que era y lo poco que Lorenzo vivió.

(1) Llegó á ser Papa con el nombre de León X.

Las hijas las casó una con Jacobo Salviati, otra con Francisco Cibo, y la tercera con Pedro Ridolfi. La cuarta, que, por tener á su familia unida, la había casado con Juan de Médicis, murió.

Respecto á sus demás asuntos privados, en el comercio fué desgraciadísimo, porque las irregularidades de sus dependientes, que administraban los negocios de Lorenzo, no como hombre privado, sino como príncipe, le hicieron sufrir grandes pérdidas en diferentes puntos, siendo preciso que su patria le ayudara con cuantiosa suma de dinero del Tesoro público.

De aquí que, por no exponerse de nuevo á los trances de la fortuna, dejó las operaciones mercantiles y adquirió dominios territoriales, como riqueza más sólida y segura. En las comarcas de Prato, Pisa y Val de Pesa compró grandes posesiones, cuyas rentas y edificios y magnificencia no parecían de hombre privado, sino de soberano.

Después de esto se dedicó á embellecer y agrandar su ciudad; y, habiendo en ella grandes espacios sin edificar, los llenó de nuevas calles y casas, que ensancharon y hermopearon Florencia. Para asegurar la tranquilidad de sus habitantes y poder combatir desde lejos á los enemigos, fortificó el castillo de Fiorenzuola, situado en medio de los Alpes, hacia Bolonia; en la dirección de Siena comenzó la restauración de Poggio Imperial para hacerlo inexpugnables, y cerró á todo enemigo el camino de Génova con la conquista de Pietrasanta y Serezana. Además, mantenía con subsidios y pensiones la amistad y adhesión de los Baglioni en Perusa, de los Vitelli en Città de Castello, y el gobierno de Faenza estaba en su poder. Todas estas disposiciones constituían una especie de baluarte para la seguridad de Florencia.